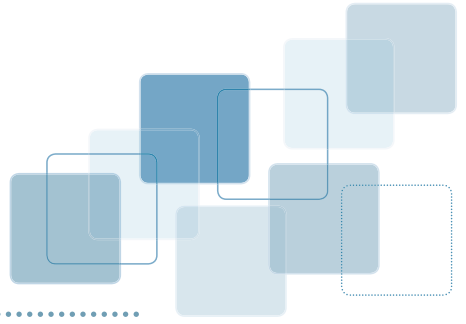




Ilustración 6. Los días posteriores las ocupaciones de los tres frailes no dieron tiempo para dedicarse a la investigación. Carlos Ariel radicó el proyecto de investigación en la Maestría, allí la coordinadora le informó que uno de los jurados de su tesis sería el doctor Juan Carlos Amador.



VI

DOS MONEDAS DE CIEN PESOS

Rubén Darío sacó de su bolsillo dos monedas de cien pesos. Una se la entregó a Nelson, quien se encontraba a su izquierda, y la otra a Paola, quien yacía a su derecha. Los dos maestros sorprendidos, recibieron la indicación de miraras y luego rotarlas, las monedas circularon por las manos de todos los coinvestigadores, segundos más tarde llegaron a su respectivo dueño. Rubén Darío miró también las monedas, las guardó en su bolsillo y clavó su mirada sobre Carlos Ariel y Luis Eduardo.

—Los griegos creían que el círculo era la figura perfecta y podía convivir con otras figuras imperfectas —dijo Rubén Darío.

—¡El Cono de Apolonio! —replicó Andrea, manifestando sus conocimientos en física y matemáticas.

—¡Exacto! —gritó suavemente Rubén Darío. Los griegos creían que cada punto de la sucesión de puntos que componen el círculo, se encuentra a la misma distancia del centro. Más tarde, en la Edad Media, la leyenda del Rey Arturo hará suyo la relación circular que debe imperar entre los caballeros y Arturo. Una relación horizontal fraterna en la que el rey no es más importante que los caballeros, ni estos más importantes que el rey. Es decir, el todo y las partes, las partes y el todo, se encuentra en una relación eterna en la que el uno no es más

importante que las otras y viceversa. Desde esta perspectiva, la obra de Paulo Freire, especialmente los textos *Cartas a qui en pretende enseñar* y *Pedagogía de la autonomía* servirán de horizonte para la construcción de nuestro concepto de “quehacer pedagógico”. Freire utiliza dos categorías “ciclo gnoseológico” y “curiosidad epistemológica”, para referirse a la práctica educativa. Por la primera, entiende Freire el proceso de enseñanza-aprendizaje, mientras que por la segunda, el tránsito de la curiosidad ingenua del ser humano al saber científico luego de un riguroso proceso metodológico. El “ciclo gnoseológico” de Freire acepta que “enseñar no es transferir conocimientos, sino crear las posibilidades de su producción o de su construcción” (2004, p. 12). Así tenemos que —hizo una pausa prolongada, revisó sus notas y recitó:

Quien forma se forma y re-forma al formar y quien es formado se forma y forma al ser formado. Es en este sentido como enseñar no es transferir conocimientos, contenidos, ni formar es la acción por la cual un sujeto creador da forma, estilo o alma a un cuerpo indeciso y adaptado. No hay docencia sin discencia, las dos se explican y sus sujetos, a pesar de las diferencias que los connotan, no se reducen a la condición de objeto, uno del otro. Quien enseña aprende al enseñar y quien aprende enseña al aprender (Freire, 2004, p. 12).

En este sentido, el acto educativo —afirma Freire— no solo debe enseñar los contenidos, sino también enseñar a pensar, a investigar a partir de la ingenuidad del educando como esencia de la “curiosidad epistemológica”, enseñar exige respeto por los saberes de los educandos, exige crítica y preparación científica de aquellos que tienen la función de ser maestros. En últimas, según Freire, “es importante conocer el conocimiento existente cuanto saber que estamos abiertos y aptos para la producción del conocimiento aún no existente” (2004, p. 13).

—El quehacer pedagógico es la misma práctica educativa —agregó Luis Eduardo.

—¿El proceso enseñanza-aprendizaje? —dijo Dilia.

—No.—replicó Luis Eduardo. Rubén, Carlos Ariel y yo creemos que la práctica educativa debe entenderse como el arte de aprender y enseñar.

—¿Cómo así? —dijo Nelson.

—Aprender es connatural al hombre, así lo cree Aristóteles en su *Metafísica* —afirmó Carlos Ariel. Enseñar, en cambio, es un verbo transitivo que pide “*alguna cosa a alguien*” es virtud de algunos hombres. Aprender no exige nada de nadie, es un acto puro e individual. Por tanto, pensar la práctica educativa como un ejercicio horizontal fraterno implica romper con las estructuras verticales descendentes que le han dado sentido a la escuela.

—Eso sí que es revolucionario —dijo emocionado Armando.

—Es pedagogía crítica —reconvino Rubén Darío.

—Paulo Freire y su *Pedagogía del oprimido* —dijo Paola.

—Sí. Sin embargo, aunque *Pedagogía del oprimido* sea su obra más comentada no es la única, como lo dijo Rubén al comienzo —enfaticó Luis Eduardo y se dispuso a leer un *E-book* que tenía en su iPad. Así, por ejemplo, en *Cartas a qui en pretende enseñar*, Freire afirma:

Enseñar ya no puede ser ese esfuerzo de transmisión del llamado saber acumulado que se hace de una generación a otra, y el aprender no puede ser la pura percepción del objeto o el contenido transferido (1993, p. 11).

De acuerdo con lo anterior —suspendió su lectura y pasó revista por el recinto—, el educando debe participar de la construcción y producción del conocimiento en una relación democrática y dialógica. El maestro se hace aprendiz y el aprendiz se hace maestro, se rompe la estructura vertical del proceso educativo. La escuela y la práctica educativa se democratizan en beneficio de la alegría, el conocimiento, el pensar, la investigación y la actitud crítica frente a la vida, la sociedad, la política, entre otros. En resumen, para Freire “Enseñar no existe sin aprender” —puntualizó.

—El quehacer pedagógico es una categoría trascendental en este trabajo —interpeló Carlos Ariel. Por quehacer pedagógico, entenderemos, entonces, la práctica educativa misma, en la que el aprendizaje sea el vector que orienta el ejercicio escolar, la investigación como la necesidad de partir de la ingenuidad para llegar a la creatividad de los educandos, como fundamento para aprender a pensar. Por ello, desde este contexto —afirma Giroux— “La autoridad de los profesores y las profesoras reposa sobre las prácticas pedagógicas que rechazan el papel de los estudiantes como meros recipientes pasivos de conocimientos establecidos y los consideran más bien productores de conocimientos” (McLaren, 1997, p. 33).

—El quehacer pedagógico, entendido de esta manera, parte de la creencia de que todos en el colegio Santo Tomás de Aquino debemos aprender a convivir, y respetar las diferencias, a ser sujetos críticos de la realidad nacional y personas esperanzadas en un mejor futuro —agregó Rubén Darío. Con estas últimas observaciones dieron por terminada la sesión. Los días posteriores las ocupaciones de los tres frailes no dieron tiempo para dedicarse a la investigación. Carlos Ariel radicó el proyecto de investigación en la Maestría, allí la coordinadora le informó que uno de los jurados de su tesis sería en el doctor Juan Carlos Amador.